

MANUEL RODRÍGUEZ RIVERO SILLÓN DE OREJAS

# Consolación de la filosofía

MANUEL RODRÍGUEZ RIVERO 13/06/2009

Al final, decido tomarme la feria con filosofía, resignado ya a la idea de que quizás nunca lleguemos a saber cuántos y qué libros se vendieron de verdad en el Retiro en 2009. Espero que algún día, antes de que el evento se convierta en historia predigital, los feriantes lleguen al compromiso de levantar la censura sobre esos datos -sin meter bolas, ni inflar cifras, ni mirar de reojo las de competencia-, y los ciudadanos podamos enterarnos de (casi) todo. En cuanto a la filosofía arriba mencionada, recorro a la segunda y última entrega de la edición de *Parerga y Paralipómena* publicada por Trotta en la muy fiable traducción de Pilar López de Santa María. La prosa de Schopenhauer, precisa y elegante, a menudo irónica y siempre autorreferencial (respecto a *El mundo como voluntad y representación*), es un bálsamo para el lector harto de la estolidez expresiva de muchos de nuestros escritores contemporáneos. Más ligeras, pero informativas y bien contadas resultan dos incursiones más o menos biográficas en torno a sendos filósofos-estrella: *La familia Wittgenstein* (Lumen), de Alexander Waugh, es un entretenido y muy recomendable retrato de grupo de la millonaria y desestructurada familia vienesa (y judía) en que vio la luz uno de los dos más influyentes filósofos del siglo XX y sus otros siete abundantemente desquiciados hermanos (cada uno un mundo, cada uno una novela). Por último, *Los huesos de Descartes* (Duomo), de Russell Shorto, es una especie de *thriller* de no-ficción en torno a las reliquias itinerantes (y varias veces robadas) del filósofo que inició la modernidad: una intriga que transcurre a lo largo de 350 años y en la que, a partir de la peripecia de los huesos del pensador, se introducen de modo ameno cuestiones referentes a ciencia, religión y teoría política de la época. Libros de (o en torno a la) filosofía como vehículo de consuelo, como quería Boecio en aquel célebre tratado (escrito mientras esperaba juicio por traición) que tanto gustaba a mi admirado Ignatius J. Reilly, el asendereado protagonista de *La conjura de los necios*.

Salivando

Navegando por Internet sin rumbo fijo, al modo de un *flâneur* por el París de los Grands Boulevards, tropiezo con un "test de la muerte" en el que, probablemente desde el Infinito, prometen decirme cuánto tiempo me queda de vida a cambio de que les suministre algunos datos personales -edad, sexo, nombre (¿?) y, claro, peso-. Huyo del sitio, como alma que lleva a Berlusconi, y trato de combatir la bulimia que me produce la insidiosa ansiedad de saberme mortal (y con sobrepeso) sin recurrir ni al socorrido *whopper* (marca registrada), ni a la doméstica excursión a la nevera. Me refugio, en todo caso, en un par de buenos libros de gastronomía y no, precisamente, de los firmados por grandes *chefs* especialistas en espumas y humos varios, sino por castizos autores que han sido novelistas antes que monjes-cocineros. Reino de Goneril, una filial de Rey Lear, ha reeditado el célebre *Breviario del*

*Cocido*, del editor y narrador José Esteban, un clásico gastronómico centrado en ese fabuloso manjar al que tanto ha perjudicado su reputada condición de emblema de la cocina madrileña. Plato centralista y autoritario, pontifican los ignorantes y políticamente anoréxicos, como si en Galicia (*pote*), Andalucía (*olla podrida*) o en Cataluña (*escudella*), sin ir más lejos ni cruzar el charco, no existieran otros tantos avatares de esa antiquísima forma de aprovechar, en puchero caliente, lo mejor de lo que ofrecen huerto y corral. El calor no resulta propicio, ya lo sé, a tan pantagruélica manduca, pero el conocimiento de su historia y variaciones atempera mi hambre de lobo transformándome en dócil oveja a dieta. Menos monográfica me resulta la lectura de *La cocina de Plinio* (Rey Lear), en el que se ofrecen en su contexto novelesco los platos que aderezaban las investigaciones detectivescas de aquel jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso al que García Pavón convirtió en el primer detective de la moderna novela policiaca española, mucho antes de que Pepe Carvalho introdujera en nuestros *thrillers* el inequívoco tufillo progresista del afrancesamiento culinario. Los platillos de Plinio, propios de una sociedad rural de la (entonces) periferia europea, han sido rastreados por la escritora Sonia García Soubriet -hija del autor- y convertidos en succulentas recetas por el cocinero Miguel López Castanier. Tengo que reconocer que resultan, en general, recios y escasamente caniculares, pero me señalo con un *post-it* (marca registrada) las migas de vendimia y me entrego, salivando de antemano, a un refrescante salteado de sandía. A su salud.

## Herraldiana

Como no hacía muy buen tiempo y me encontraba con el ánimo saturnino, cambié mi visita a la feria por una tarde entera *deconstructing* Anagrama, repantigado en mi sillón de orejas y con un *gin and tonic* a sólo 45 grados de giro de mi brazo derecho. A estas alturas nadie puede ignorar que el sello pergeñado por Jorge Herralde en 1967 (los primeros libros no aparecieron hasta 1969) constituye uno de los hitos fundamentales de la edición española de posguerra. Y también uno de los referentes más prestigiosos para los lectores hispanohablantes a uno y otro lado del Atlántico. Su editor lo sabe y suele demostrarlo con orgullo y, al modo del viejo Whitman, celebrándose y cantándose a sí mismo. No he conocido a ningún editor -y han sido muchos- más orgulloso (*et pour cause*) de su trabajo y de sus autores (mientras todavía lo son) que el señor Herralde. Lo que conlleva, quizás, cierta resistencia a aceptar las críticas, por leves que sean. Lo cierto es que a lo largo de estos cuarenta largos años -y con cerca de 3.000 títulos en su haber (y la mayoría en catálogo, lo que no deja de ser prodigioso)-, Anagrama ha gozado de un tratamiento excepcional en los medios: en parte por el indudable interés de muchos de sus libros, pero también, sin duda, por la infatigable presión a la que su editor ha sometido a los responsables de las páginas de libros y de cultura de los mismos. De modo que no sería extraño que Anagrama esté a la cabeza en el hipotético *ranking* de las editoriales más citadas en los periódicos españoles en el último cuarto de siglo. En todo caso, el célebre sello que empezó su andadura con Herralde de hombre orquesta y "una secretaria a media jornada" ha sido también el resultado del trabajo de un equipo que ha ido cambiando con el tiempo. Sorprende, por ello, el matiz personalista que se aprecia en los últimos catálogos históricos: a partir del de los 35 años (2004) quedó suprimido el apartado "el factor humano", en el que se citaba

explícitamente a los componentes de la plantilla y a los principales colaboradores.

"Deconstruyendo" el último -en el que, en todo caso, se reproduce una foto de "la actual plantilla y sus más estrechos colaboradores"- crece esa impresión. Me resulta como si Herralde, ahora también un (satisfecho) "editor editado", se coronara a sí mismo, como Bonaparte en su *sacre*. En todo caso, felicidades. Y a por las bodas de oro.

-

© EDICIONES EL PAÍS S.L. - Miguel Yuste 40 - 28037 Madrid [España] - Tel. 91 337 8200